



---

DISCURSO CLAUDIA FRANCHESCA DE LOS  
SANTOS, MISA: SEMANA DE LA SEGURIDAD  
VIAL, NOVIEMBRE 2018

---

Apreciados amigos presentes y ciudadanos de todo el país!

Hoy nos congregamos aquí en la misa como cada domingo porque Dios quiso instituir un día dedicado a Él, pero hoy que culmina la semana de la seguridad vial que incluye “El Día Mundial en Recuerdo de las Víctimas de Accidentes de Tráfico” lo hacemos con un motivo adicional: “recordar a todos los hijos de Dios que han muerto en nuestro país en accidentes de tráfico y a sus familias”.

Agradezco la oportunidad de aprovechar un espacio tan especial como este, para compartir con ustedes y con el país una breve, pero comprometida reflexión en torno a esa declarada semana por las Víctimas del Tránsito y el cierre de la Semana de la Seguridad Vial.

Los accidentes de tránsito, flagelo en el que sobresalen como secuelas las muertes y el dolor familiar, se ha erigido en una terrible epidemia que trae consigo también una angustiada inseguridad en conductores y peatones, como inmensas pérdidas en los presupuestos estatales y familiares .

Nuestro país es uno de los que tiene las más altas tasas de siniestros por el tránsito. En el año 2017 nuestro observatorio Permanente de Seguridad Vial (OPSEVI), luego de una profunda validación de los datos reportó 2,804 muertes, una cantidad de pérdidas humanas alta, pero logramos disminuir nuestras cifras con relación al 2016 en un 10.4%.

Este tormentoso fenómeno mundial es de tal magnitud que la OMS establece que 1.25 millones de personas mueren cada año y otras 50 millones resultan con heridas en carreteras del mundo, a consecuencia de los accidentes.

Esas cifras se hacen terriblemente realidad con marcada frecuencia en nuestras calles, avenidas y carreteras. Las traen los medios de comunicación en crónicas cargadas de impactantes escenas, o el entorno familiar, laboral o de cualquier otro tipo en tristes y estremecedores relatos.

Pero a nosotros no solo nos anima colocar en alto relieve el drama terrible que traen consigo estas cifras, sino llamar la atención sobre una situación que nos lacera y conmueve por su derrotero de muerte, al tiempo de revelar falencias institucionales y de comportamiento cívico.

Mucho más que eso, de lo que se trata es de apelar desde este templo a la conciencia de la colectividad nacional a emprender junto a las autoridades y sin desmayo la búsqueda de soluciones impostergables y definitivas a este grave problema.

Justo es reconocer en ese sentido, el inicio de reformas estructurales en el ámbito del tránsito, el transporte y la seguridad vial de la República Dominicana puesta en marcha por la presente administración del presidente Danilo Medina.

A partir de la Ley 63-17 de Movilidad, Transporte Terrestre y Seguridad Vial, para la cual se avanza en la elaboración y adecuación de sus reglamentos por parte del Instituto Nacional de Tránsito y Transporte Terrestre (INTRAN) que con humildad dirigimos, el gobierno reafirma su empeño en avanzar en acciones y políticas dirigidas, entre otros relevantes objetivos, a prevenir, controlar y disminuir sustancialmente el riesgo de muerte o lesión a personas, al momento de desplazarse en cualquier medio de transporte y evitar accidentes en las vías.

Esta moderna legislación conlleva y procura nuevas regulaciones, reordenamiento en el transporte y capacitación de choferes y personal de tránsito a todos los niveles, todo ello en la dirección de alcanzar los citados objetivos.

Pero, atención. Leyes y regulaciones, personal capacitado, campañas, multas o condenas, todas a la vez, no garantizan el imperativo objetivo de enfrentar con éxito lo que de por sí constituye una humana y patriótica jornada contra los accidentes de tránsito y sus terribles secuelas.

La conciencia ciudadana, expresada en el fiel cumplimiento de las leyes de tránsito y transporte por parte de conductores y peatones, autoridades y empresarios, constituye el factor fundamental e imprescindible para el logro de esta urgente y apreciada meta.

Nuestro pueblo alegre, trabajador y progresista, en modo alguno merece continuar aportando fatídicas víctimas al fenómeno de los accidentes de tránsito, ocupando una triste y tormentosa casilla de primeros planos en las estadísticas mundiales.

Estamos conscientes de que los alcances de este fenómeno, en sus causas, efectos, y posibles soluciones, ameritan de mucho mayor espacio y ponderación que el que nos permite la ocasión.

Pero no podíamos desaprovechar este día y este escenario para dejar en el ánimo de ustedes y de la familia dominicana, nuestro decidido empeño, que es el de nuestro gobierno, de no ceder un ápice en procura de detener este flagelo y para lo cual desde ya sentimos la mano solidaria de nuestros transportistas, de nuestros medios de comunicación y de la toma de conciencia de los ciudadanos, todo al amparo de la voluntad de Dios

¡Muchas Gracias!